

LAS FUERZAS POLÍTICAS Y LA NUEVA VENEZUELA

Aníbal Romero

(2004).

I

Interesa destacar ante todo que la lista de fuerzas políticas incluida en el Programa de esta reunión, para el debate del día de hoy, es la misma cuyos integrantes jugaron un papel fundamental en la creación de la democracia pactada o puntofijista en 1958. Es decir: los partidos políticos, los sindicatos, la Fuerza Armada, y los llamados grupos de presión. Sin embargo, a estos últimos se suman ahora dos novedades. No solamente están allí los medios de comunicación, la Iglesia y las organizaciones empresariales, sino también dos entidades que no se hallaban presentes como tales en lista alguna de 1958: las O.N.Gs. y las Asambleas de Ciudadanos. Esta importante adición nos sugiere un cambio que merecerá nuestra atención más adelante.

Los estudiosos, venezolanos y extranjeros, de la experiencia de creación de un nuevo orden político en 1958 en nuestro país, han definido ese proceso como el diseño y construcción de una democracia pactada o democracia de élites. Estos términos pueden prestarse a cierta confusión, y considero preferible hablar de una democracia basada en el consenso de las fuerzas políticas clave en la Venezuela de entonces. Estas fuerzas políticas constituyeron, de hecho, el segundo grupo que en nuestra historia se ha mostrado capaz de formular un proyecto y ejecutarlo, un proyecto centrado en la edificación de un orden político novedoso y —sólo en su caso— destinado a perdurar.

El primer grupo fue la generación de Independencia, encabezada por Bolívar y compuesta por una brillante constelación de individuos, que dejaron su marca indeleble en nuestra historia. No obstante, si bien este grupo logró la Independencia, lo hizo en medio de una devastación tal que comprometió el destino de lo que vendría después.

Como lo expresó el propio Bolívar en su *Mensaje al Congreso Constituyente de Colombia*, fechado el 24 de enero de 1830:

“Ardua y grande es la obra de constituir un pueblo que sale de la opresión por medio de la anarquía y de la guerra civil, sin estar preparado previamente para recibir la saludable reforma a que aspiraba... ¡Conciudadanos! Me ruborizo de decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido, a costa de los demás.”ⁱ

Léase bien: “a costa de los demás”, entre los que cabe señalar la libertad en el orden interno —que es distinta a la independencia con respecto a un poder extranjero—, así como la prosperidad, que Venezuela no llegó a conocer sino hasta mediados del siglo XX.

Desde luego, el texto citado no se ajusta a la imagen de Bolívar que presentan los discursos altisonantes de nuestros gobernantes en fechas patrias, ni a la mitologización simplificada y distorsionada utilizada tradicionalmente en nuestra historia con propósitos de manipulación y proselitismo. Es el Bolívar real, el que en 1826 hacía la siguiente evaluación sobre el destino de sus enormes esfuerzos:

“La esclavitud romperá el yugo; cada color querrá el dominio, y los demás combatirán hasta la extinción o el triunfo. Los odios apagados entre las diferentes secciones volverán al galope, como todas las cosas violentas y comprimidas. Cada pensamiento querrá ser soberano, cada mano empuñar el bastón, cada espada manejada por el primer ambicioso, cada toga la vestirá el más turbulento. Los gritos de sedición sonarán por todas partes. El triunfo de la destrucción ha dado la señal.”ⁱⁱ

No es necesario realizar un esfuerzo supremo de imaginación para ubicar con singular vigencia esas palabras en la Venezuela de hoy. Y aunque suene duro mencionarlo, lo cierto es que Bolívar llegó a pensar en el nuestro, el hispanoamericano y venezolano en particular, como “el más infame pueblo que ha tenido la tierra”, un pueblo al que —cito de nuevo— “he dado una libertad que no merece.”ⁱⁱⁱ

Podría multiplicar las referencias a este Bolívar prácticamente desconocido por la inmensa mayoría de los venezolanos, mas lo expuesto basta para mi propósito, que no es otro que enfatizar que ese primer proyecto político, concebido y ejecutado con alto grado de deliberación por la generación de Independencia, estuvo lejos de arrojar los resultados esperados por sus propulsores.

II

Distinto fue el caso de la democracia establecida en 1958. En tal sentido, importa tener claro que para que un proyecto de tal naturaleza —me refiero a la creación de un orden político-institucional novedoso y perdurable— tenga éxito, se requiere, primero, de una sólida voluntad de poder por parte del grupo que lo emprende, y segundo, de un marco de condiciones propicias que contribuyan a llevarlo a cabo. La generación de Independencia tuvo de sobra lo primero: voluntad de poder, mas las condiciones del entorno bajo el caos generado por la guerra —sociales, económicas, políticas y culturales— eran severamente inadecuadas, y se impusieron por encima de los más denodados esfuerzos de esos próceres de la nacionalidad.

En 1958 la situación fue distinta. Ciertamente, los líderes de entonces, y las fuerzas políticas todas, tenían voluntad de poder, pero además se insertaban en un país con relativamente poca población, recursos materiales de todo tipo, y un espacio productivo abierto para generar riqueza en industria, agricultura y comercio. Venían además esas fuerzas políticas de padecer diez años de dictadura, que a pesar del dolor que ello conlleva, habían hecho posible un aprendizaje social creativo. Las fuerzas políticas de entonces sabían que si no alcanzaban consensos esenciales, y no se unían férreamente en torno a ellos, el proyecto político-institucional democrático fracasaría. De modo que esas fuerzas, unidas, con voluntad de poder, con un liderazgo decidido, y representando grupos sociales en ascenso y preparados a avanzar en conjunto, fueron capaces de dar forma a un tipo de régimen que se sostuvo por cuarenta años, buena parte de los cuales transcurrieron en medio del ascenso social de grandes masas de población, incorporadas aceleradamente a la modernidad.

Vale la pena, por cierto, señalar que en los tempranos años sesenta algunos académicos de la izquierda universitaria publicaban libros que anunciaban “el fracaso de las élites”, precisamente en los momentos en que se abrían las puertas al mayor éxito político de nuestra historia, junto a la Independencia, lo cual es un interesante ejemplo de miopía en el análisis y comprensión de los procesos sociales, ejemplo que debe alertarnos acerca de la complejidad de los mismos. Pero también debemos recordar que ese éxito de las fuerzas políticas de 1958 en adelante tuvo sus costos, y exigió claras definiciones. Entre ellas, como la más relevante, se cuenta la radical exclusión de la izquierda revolucionaria de los pactos democráticos, la implacable decisión de derrotarla en la lucha armada, así como la marginación y supresión del militarismo reaccionario de la época.

En torno a las razones y circunstancias del fin de la democracia puntofijista se ha dicho mucho, más o menos acertado según los casos. No puedo extenderme acá como quisiera sobre el tema. Mencionaré sólo tres aspectos.

En primer término, a lo largo de cuatro décadas tuvo lugar un desgaste acomodaticio y patológico en el sistema nervioso del sistema, un debilitamiento psicológico que afectó gravemente la voluntad de poder de las élites dirigentes en el campo civil. Y debo enfatizar que me refiero a los civiles, pues paralelamente crecían en el sector militar las semillas de una renovada voluntad de poder, que ahora vemos plasmada en el régimen vigente, y de cuyas implicaciones y perspectivas me ocuparé más tarde.

En segundo lugar, el sistema fue incapaz de enfrentar con lucidez y decisión el reto de cambiar el modelo económico sustentado en el rentismo petrolero, condición clave para superar con algún grado de éxito el enorme crecimiento poblacional y sus derivaciones.

Por último, el inconmensurable mal de la reelección presidencial —un error clave de diseño constitucional—, y el bloqueo a la renovación del liderazgo en los principales partidos políticos, asfixiaron la posibilidad de una regeneración oportuna del régimen, y cercenaron la sangre joven que, tal vez, hubiese podido salvarle.

En tal sentido, y por justicia histórica, es obligado decir que el segundo gobierno de Pérez, con todas sus fallas, representó sin embargo un intento no subestimable de encarar la acumulación de gravísimos desafíos que se percibían en el horizonte nacional, mediante una parcial renovación generacional al frente del Estado, y el esfuerzo por desviar el rumbo empobrecedor de un modelo económico que nos condenaba y condena al atraso. Es obvio, dado lo que hoy sabemos, que el país no quería cambio alguno de fondo en cuanto a la dirección populista del sistema político-económico. Ello quedó ratificado con la elección y segundo gobierno de Caldera. Al respecto, me permito citar la frase de mi hermano Carlos Romero, quien ha dicho, con mucho tino, que ése fue un “gobierno inútil”, que no hizo lo necesario para salvar lo que restaba del pasado, y tampoco para detener lo que se vislumbraba en el futuro.

Luego de las experiencias finales del puntofijismo, las de Pérez y Caldera en sus malogrados segundos mandatos, las fuerzas políticas que en 1958 crearon la democracia quedaron extenuadas, exhaustas, drenadas, con la excepción de un sector de la Fuerza Armada, y no pudieron impedir el inicio del drama que ahora vive el país.

III

¿Dónde estamos ahora, en lo que se refiere a la condición de las fuerzas políticas, las tradicionales y las nuevas, y qué significan sus acciones en el nuevo contexto nacional?

Insisto en que es necesario separar un sector de la Fuerza Armada del resto, no sólo de la institución militar en general, sino de las fuerzas políticas de siempre. Ese sector militar, el que llevó a cabo los golpes de Estado de 1992 y hoy detenta buena parte del mando en Venezuela, es el único que pudo desarrollar una voluntad de poder concreta en los años postreros de la democracia puntofijista, y conducirla hasta el gobierno. No obstante, su actuación e impacto están llenos de paradojas.

En primer lugar, lejos de representar la consolidación de la Fuerza Armada como factor de poder perdurable, este sector, conducido por su jefe carismático y radical, ha llevado a la FAN al borde del suicidio como institución profesional, jerarquizada, disciplinada y competente para el cumplimiento de sus misiones tradicionales. Al contrario, la FAN está hoy en vías de ser transformada progresivamente en un ejército miliciano, al servicio de un proyecto político que es un híbrido informe de militarismo y guevarismo, una milicia destinada al

control autoritario de la sociedad y a la proyección violenta de la subversión más allá de nuestras fronteras, particularmente en Colombia. No digo que el proceso haya culminado, sino que está siendo llevado a cabo de modo paulatino.

En segundo lugar, este sector militar minoritario —el de los Chávez, los Baduel, los Arias Cárdenas, Cabello, Otayza, Chacón, Reyes Reyes y Blanco La Cruz, y Acosta Carles, entre otros— se encuentra con que buena parte del país les rechaza, y a su proyecto de dominación, por clara mayoría y con fervor implacable. A pesar de contar con los recursos derivados de la venta del petróleo, este sector militar no está rodeado de las condiciones para prolongar su dominio, ni para plasmar el proyecto militarista-guevarista de manera perdurable en el país, excepto a un costo en vidas y a un nivel represivo que es difícil —mas no imposible— imaginar, aún con la cooperación de los 20.000 funcionarios y operadores cubanos de diversa índole ya instalados en el país, comandados por cinco Generales de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba residentes en Venezuela.

Repito, no es imposible imaginar a estos militares tratando de imponer a sangre y fuego su proyecto de dominación, y ya tenemos suficientes pruebas de lo que son capaces de hacer, pero el costo efectivo acabará por desbordarlos.

En tercer lugar, la brecha existente entre la magnitud del delirio revolucionario del jefe del llamado “proceso”, de un lado, y del otro las realidades geopolíticas regionales e internacionales, coloca al sector militar que se ha hecho del poder en Venezuela ante un casi insuperable desafío, pues los sueños de subversión continental del caudillo, con operaciones ofensivas y defensivas desde Venezuela, chocan de manera directa con la gradual erosión de las capacidades operativas de la que llegó a ser, en los años setenta y ochenta, una de las instituciones militares mejor equipadas de América Latina.

La opción de concretar tanto el dominio interno total, como la proyección subversiva foránea, tendrá entonces que centrarse en las fuerzas irregulares que ahora están siendo organizadas y nutridas con jóvenes venezolanos, adoctrinados y entrenados en Cuba, que presuntamente actuarán bajo la guía y mando de la estructura militar cubana ya presente en nuestro país.

Esta opción es desde luego factible, pero insisto que sólo a un costo enorme en términos internos, con el riesgo cierto de guerra civil, e internacionales, pues Washington y el gobierno colombiano, entre otros, perciben y percibirán semejantes desarrollos como amenazas directas a su seguridad nacional.

La FAN profesional venezolana, hay que destacarlo, no aparece todavía con nitidez en este horizonte, y lo que le resta de energía —que tal vez es mayor de lo que algunos suponemos— pronto se verá necesitada de optar hacia dónde dirigir de manera definitiva sus últimas reservas de dignidad y capacidad operativa.

En este orden de ideas, permítanme por favor traer a nuestra memoria que hace exactamente cuatro años, en esta misma tribuna, le hicimos al entonces Ministro de la Defensa de Venezuela, General de División Raúl Salazar, la debida advertencia acerca de lo que se avecinaba para la FAN, si no se plantaban con firmeza ante el déspota que en momento aciago muchos venezolanos apoyaron para ocupar la Presidencia. En ese panel, junto al General y mi persona, se hallaban también Douglas Bravo y Alberto Garrido. Me complace decir que Salazar y Bravo son, hoy, claros opositores del régimen.

En cuanto a las otras fuerzas políticas tradicionales, es decir, los partidos políticos, los sindicatos, y los diversos grupos de presión, todos ellos, de un modo u otro, y con mayor o menor intensidad, experimentan dificultades comunes: La ausencia de figuras de primer orden capaces de amplia y sólida convocatoria nacional; el deshilvanamiento organizativo; los problemas para formular un mensaje de cambio que cautive a las mayorías populares y de la clase media; y, de manera muy especial en el caso de los partidos políticos y grupos de presión, la adopción esencial de los mismos términos del discurso político del adversario, en lo que éste tiene de manifestación de la cultura política izquierdizante y populista que prevalece en nuestro medio.

Esa cultura política izquierdizante y populista es básicamente anti-capitalista, anti-yanqui, estatista, asistencialista, y trata a los pobres —posiblemente sin proponérselo— como perennes receptáculos de la benevolencia pública, y como débiles jurídicos a los que tampoco se exige responsabilidades. Se trata de una cultura política que, en síntesis, y en lo que toca a la oposición, ha sido y es incapaz de proponerle a Venezuela nada distinto a una democracia petrolera y populista, pero eso sí, presuntamente ajena a la corrupción, y un tanto más eficiente en la distribución de la renta pública.

Las fuerzas políticas tradicionales, hay que decirlo, no han estado aún a la altura del reto histórico que hoy enfrenta Venezuela, y en muchas ocasiones han evidenciado miopía y falta de unidad ante la difícil y apremiante situación que vive el país.

Es indudable: la musculatura de estas fuerzas se ha debilitado, pero por otra parte tengo que reconocer que su sistema nervioso aún funciona parcialmente. Ello se patentiza en el esfuerzo que ha significado la acción de la Coordinadora Democrática. Su valor instrumental en las actuales circunstancias es innegable, como también lo son sus limitaciones.

Llama en particular la atención que esa experiencia de resistencia cívica y política todavía no haya generado figuras nuevas de calibre, con las aptitudes requeridas para convocar y unir al país en torno a un mensaje de cambio viable y una estrategia coherente de poder, y que venerables pero ya agotadas figuras del pasado hayan copado el panorama en coyunturas clave. Pienso que ello se

debe en no poca medida al temor de muchos a articular y proyectar un mensaje diferente, que se salga de los acomodaticios y gastados esquemas de la cultura de izquierda y populista predominante. En Venezuela, hoy, todos los políticos hablan en el fondo el mismo lenguaje, y la diferencia está en el radicalismo con que se expresan. Es una cuestión de estilo, no de sustancia.

No obstante, la permanencia de elementos cruciales del sistema nervioso de las fuerzas políticas tradicionales —me refiero a sus energías vitales más profundas—, se revela en la lucha que han dado los medios de comunicación social estos tiempos, luego de reparar los errores cometidos en el pasado reciente, errores que llevaron a algunos a alinearse junto al personaje nefasto que ocupa el Palacio de Miraflores. También el mundo empresarial y el sector sindical democrático han dado muestras de que poseen reservas morales de significación, como quedó evidenciado durante el paro cívico nacional. La Iglesia, igualmente, ha asumido una actitud digna y cada día más decidida, que la enaltece ante los venezolanos y ante sí misma. Lo que todo esto indica es que existen posibilidades de una relevante regeneración institucional futura, una vez que se concrete la victoria democrática contra el oprobio chavista. A pesar de la erosión experimentada por las fuerzas políticas tradicionales durante la etapa final puntofijista, la magnitud del desafío revolucionario ha sido tan patente, que no ha dejado espacio sino para resistir con todo lo que les restaba de vitalidad y compromiso. Se trata, sencillamente, de una cuestión de supervivencia invididual y colectiva.

IV

En cuanto a las fuerzas nuevas, encarnadas en las O.N.G's., las Asambleas de Ciudadanos, y otras manifestaciones organizadas de la llamada sociedad civil, las mismas han contribuído a llenar un vacío, son expresión de un proceso de maduración de la conciencia política de nuestra sociedad, y cumplen un papel muy importante en la resistencia al régimen. Estas nuevas realidades de la conciencia y la vocación cívicas, ocuparán también una posición estelar en la futura recomposición democrática del país, tarea que demanda igualmente el aporte sustancial de los partidos políticos. En tal sentido, es de esperar que los venezolanos hayamos entendido el peligro mortal que representan la anti-política y el anti-partidismo, y que los partidos, viejos y nuevos, estén en trance de aprender que se deben a la sociedad, que son medios y no fines en sí mismos, y que no deben continuar actuando con base en los instintos del pasado, a riesgo de perderse definitivamente, y con ello también las perspectivas de estabilidad futura en Venezuela.

Por los momentos, la tarea de las O.N.Gs. y las Asambleas de Ciudadanos en la resistencia frente al despotismo es crucial, y se evidencia de muy diversas formas: desde la organización para las marchas, eventos electorales, y otros acontecimientos colectivos, hasta la defensa de los derechos humanos, y el esclarecimiento de los problemas mediante la discusión abierta y pública de los

mismos. Estas organizaciones no deben concebirse como sustitutos de los partidos políticos, sino como lo que son: expresiones de la conciencia cívica participativa, en una etapa de grave crisis nacional. Mas las O.N.Gs. y las Asambleas de Ciudadanos deben permanecer y continuar creciendo en una Venezuela distinta, cumpliendo un rol en el debate y vigilancia cívicas, preservando los espacios críticos que la gente ha abierto durante estos tiempos de difíciles retos.

Por otra parte, estas organizaciones tienen también una misión que llevar a cabo en cuanto a la crítica, con ánimo constructivo, de las actuaciones de la dirigencia opositora, dirigencia que en ocasiones pareciera perder la sintonía con los sentimientos y aspiraciones de las personas comunes y corrientes, de los venezolanos y venezolanas de carne y hueso, que han llevado sobre sus hombros el mayor peso de la lucha.

El porvenir de las fuerzas políticas será parte fundamental del porvenir institucional de Venezuela. Su contribución, y el tamaño de su reto, dependerán de cuánto tiempo tome, y cuán violento pueda ser, el desenlace de la crisis que hoy vivimos, y que sólo concluirá cuando se le ponga fin, de manera decisiva e irreversible, al actual régimen político.

En tal sentido, cabe recordar las sabias frases del conocido filósofo de los *Yankees* de Nueva York, el señor Yogi Berra, cuando dijo que es muy difícil hacer predicciones, en especial sobre el futuro.

Me parece en todo caso razonable afirmar que a las fuerzas políticas democráticas les corresponde, en estos momentos y los que se avecinan, fortalecer su unidad y cohesión, y perseverar en el combate que han venido librando contra el oprobio que impera en nuestra Patria. A ello se suman varios desafíos adicionales.

Me refiero primeramente al imperativo de desarrollar y sostener una férrea e inmovible voluntad de poder, que a su vez debe llevarnos a entender que el único desenlace admisible es la imposición de una nueva hegemonía democrática, y la exclusión del chavismo no-democrático de la vida política nacional —como se hizo con la izquierda insurreccional en los sesenta—, exceptuando desde luego aquellos elementos que de manera sincera se acojan a la convivencia civilizada. La reconciliación sólo puede darse entre demócratas, que admitan las reglas de la coexistencia en paz y con base al respeto hacia el adversario político.

En segundo lugar, habrá que recomponer oportunamente y con celeridad una Fuerza Armada Nacional digna de tal nombre, que se ocupe de la tarea de eliminar los focos de guerrilla y de terrorismo urbanos y rurales que desde ya están constituyendo los “revolucionarios”, éstos que casi han destruido y pretenden seguir destruyendo a Venezuela.

Ello a su vez exigirá una estrecha alianza con los Estados Unidos, alianza que deberá convertirse en eje de una nueva política exterior, despojada de los mitos y prejuicios de la cultura de izquierda.

Y todo esto dentro del marco de una acción concertada entre gobierno y sector privado, que en corto tiempo cree las condiciones para la generación acelerada de inversión y empleos, lo cual significa entre otras cosas seguridad jurídica y física de personas y bienes.

No dudo que sea necesario y fundamental proseguir con los programas sociales asistencialistas, en vista del desastre de la pobreza, tan acrecentado por las prácticas de este régimen incapaz. No obstante, los pobres de la nueva Venezuela no deberán sentir que se les trata con conmiseración, o como cuasimendigos, sino como sujetos históricos aptos para asumir su superación personal, de sus familias y comunidades, con laboriosidad, responsabilidad, y dignidad.

La mentalidad asistencialista, que a veces pareciera considerar que la pobreza es algo bueno, ha contribuido a crear entre millones de venezolanos un estado de espíritu pasivo, ya que no pocos políticos, del gobierno y la oposición, compiten a ver quién ofrece más, de gratis, en función de las repletas arcas del Estado benefactor. Esto es mortal para el desarrollo genuino de un país, y en ese orden de ideas, me permito sugerir a los que estudian el fenómeno de la pobreza que ocupen parte de su tiempo en analizar el tema de la generación de la riqueza.

Para ello conviene comenzar por percatarse de cuáles han sido los mecanismos e instrumentos que han hecho prósperas a las naciones que hoy lo son. Verán que en todas ellas impera la economía de mercado, las leyes son estables, la justicia funciona, y el Estado se ocupa de proteger eficazmente a la gente y sus propiedades. De paso, nada se da de gratis en esos países, sino que es pagado con los impuestos de los contribuyentes. Nada tenemos que inventar en este terreno. La fórmula existe y es exitosa, en la medida en que pueden serlo los asuntos humanos, y me temo que la tan repetida frase de Simón Rodríguez, “o inventamos o erramos”, es más bien una herramienta de confusión intelectual, que constantemente nos hunde en el pantano de inmanejables y costosas utopías.

Tratar a los pobres como objetos de conmiseración es ofensivo a su dignidad, y el mejor camino para prolongar su miseria. La gran masa de pobres que pueblan nuestras ciudades será un desafío crucial de la nueva Venezuela. Luego del desenlace que ponga fin al oprobio chavista, un nuevo gobierno deberá dirigirse con claridad y esperanza a esos millones de venezolanos, sin pretender competir en demagogia con los irresponsables de hoy y de ayer, preservando mientras sea necesario, y posiblemente aumentando, la red de seguridad y

apoyo social, pero en función de abrir una puerta franca más allá del asistencialismo, en el marco de una cultura política que enfatice la libertad y autoestima de los individuos.

V

La unidad y cohesión de las fuerzas políticas democráticas es imperativa, no solamente para llevar a su fin al actual régimen, sino también para procurar que la nueva Venezuela no se vea sumida en un proceso de inestabilidad congénita, fractura institucional, y violencia política permanente, proceso parecido al que han experimentado Argentina y Colombia en décadas recientes y cada cual a su manera.

Para ello, para evitar un proceso semejante, la voluntad de poder y la unidad son los dos requisitos indispensables que deben fortalecer en conjunto las diversas fuerzas políticas democráticas del país. La voluntad de poder para servir a la Patria y derrotar a sus enemigos, y la cohesión para resistir las embestidas de los adversarios de la libertad, que no cesarán sus actividades de la noche a la mañana.

Tome el tiempo que tome, y cueste lo que cueste, tengo la convicción más absoluta de que la Venezuela democrática triunfará.

NOTAS:

ⁱ Simón Bolívar, **Obras Completas** (La Habana: Editorial LEX, 1957), Tomo II, pp. 1270, 1275

ⁱⁱ Ibid., Tomo I, pp. 1406-1407

ⁱⁱⁱ Ibid., Tomo II, p. 665